

Ejercicio de confianza

Susan Choi

ALBA ● CONTEMPORÁNEA



Susan Choi

Ejercicio de confianza

Traducción
Santiago Tena

ALBA

Ejercicio de confianza

NINGUNO DE ELLOS PUEDE CONDUCIR. David cumple dieciséis años en marzo del año que viene, Sarah los cumple en abril. Son los primeros días de julio y ninguno tiene al alcance ni los dieciséis ni las llaves de un coche. Quedan ocho semanas del verano, un plazo que parece interminable, pero sienten también, por intuición, que no es tanto tiempo y que pasará muy rápido. Su intuición se acentúa siempre cuando están juntos. Las facultades intuitivas solo les dicen lo que quieren, no cómo lograrlo, y eso resulta insoportable.

Su romance ha empezado en serio este verano, pero los prolegómenos duraron todo el año anterior. Han pasado todo el otoño y la primavera pensando solo en el otro, y los demás los veían como una pareja no declarada. Apenas señalada, percibida por todos, esa energía tensa, incluso peligrosa, que fluía entre ellos. Cuándo comenzó, eso era más difícil decirlo. Los dos tenían experiencia –ninguno era virgen–, y eso podría haber acelerado o retrasado lo que ocurrió. Aquel primer año, en otoño, cada uno había empezado el curso con otra pareja que iba a otro colegio más normal. El de ellos era especial, concebido para atraer a los mejores en determinadas actividades, desde las escuelas comunes de toda la ciudad e incluso más allá, desde las poblaciones apartadas de la periferia. Diez años antes había sido un experimento atrevido, y ahora era una institu-

ción de élite, recién trasladada a unas costosas y nuevas instalaciones «profesionales», «de primera categoría». La intención de la escuela era diferenciarlos, romper lazos que era mejor que quedaran rotos, confinados a la infancia. Sarah y David lo aceptaban como una especie de doloroso rito necesario para su vida extraordinaria. Eso les hizo prodigar, quizá, un poco más de ternura a sus ya innecesarias parejas anteriores en el momento de abandonarlas. La escuela llevaba el nombre de Academia Metropolitana de Artes Escénicas, pero ellos y los demás alumnos y profesores la llamaban, con cierta grandilocuencia, CAPA¹.

En CAPA, los alumnos de primer año de Arte Dramático estudiaban Técnica de Escena, Shakespeare, Solfeo y, en clase de actuación, Ejercicios de Confianza, todos ellos términos que, según se les enseñó, deben escribirse con mayúscula, como corresponde a su vinculación con el Arte. De los Ejercicios de Confianza había variaciones casi infinitas. Algunos consistían en hablar y se parecían a una terapia de grupo. Otros requerían silencio, ojos vendados, caer de espaldas desde una mesa o una escalera en el entramado de los brazos de sus compañeros. Casi a diario se tumbaban boca arriba en las frías baldosas del suelo, en lo que Sarah aprendería, mucho más adelante, que en yoga se llama postura del cadáver. El señor Kingsley, su profesor, se deslizaba como un gato entre ellos con sus puntiagudas zapatillas blandas de cuero, entonando un mantra para que cobraran conciencia de sus músculos.

—Que vuestra percepción se derrame por vuestras espini-llas y las llene poco a poco, del tobillo a la rodilla. Dejad que se derritan y cobren peso. A medida que sentís cada célula y la acunáis en vuestra agudizada consciencia, las vais abandonando. Dejadlas ir. Dejadlas.

Sarah había pasado la prueba de acceso con un monólogo de la novela de Carson McCullers *Frankie y la boda*. Da-

vid, que había asistido a un campamento de teatro, interpretó a Willy Loman en *Muerte de un viajante*. El primer día el señor Kingsley entró en el aula como un cuchillo –solía moverse en silencio y aparecer por sorpresa– y una vez se hubieron callado, lo que sucedió casi de inmediato, les echó una mirada que Sarah aún tenía muy presente. En ella parecía mezclar desdén y desafío. *Me parecéis más bien poquita cosa*, les había soltado la mirada como un chorro de agua fría. Y luego, como provocándolos, matizaba: *¿O me equivoco? THEATRE*, había escrito el señor Kingsley en la pizarra, con largas y afiladas letras de tiza.

–Se escribe así –había dicho–. Si lo escribís una sola vez con -ER al final, suspenderéis².

Estas fueron las primeras palabras que les dijo, no el despectivo «me parecéis más bien poquita cosa» que Sarah había imaginado.

Sarah llevaba unos vaqueros de marca. Aunque los había comprado en un centro comercial, nunca vio que nadie más los llevara: estaban hechos para ella, muy ceñidos, con elaboradas costuras que trazaban espirales y patrones que se extendían por el trasero y bajaban por delante y detrás de los muslos. Nadie más tenía siquiera vaqueros con dibujo en las costuras; todas las chicas se ponían Levi's de cinco bolsillos o mallas, y los chicos los mismos Levi's de cinco bolsillos o, por un tiempo, pantalones de nylon de paracaídas como los de Michael Jackson. Un día, en Ejercicios de Confianza, quizá ya avanzado el otoño –David y Sarah no estaban muy seguros; no hablarían de ello hasta el verano–, el señor Kingsley apagó todas las luces de la sala de ensayos, que no tenía ventanas, y los sumió en la oscuridad de una cámara cerrada. Al fondo de la habitación rectangular estaba la plataforma del escenario, a unos ochenta centímetros del suelo. Una vez apagadas las luces, en el silencio más absoluto, oyeron al señor Kingsley deslizarse a lo largo

de la pared opuesta y subir al escenario, cuyo borde apenas distinguían por los trozos de cinta fluorescente que trazaban una línea quebrada como una distante constelación. Aun mucho después de que sus ojos se hubieran acostumbrado, no veían otra cosa que una oscuridad como la del útero o el sepulcro. Desde el escenario llegó su voz, severa y suave, que los vació de todo tiempo pasado. Que los despojó de todo conocimiento. Eran bebés recién nacidos y estaban ciegos, y debían aventurarse en la oscuridad a ver qué descubrían.

A gatas, pues, para evitar lesiones, y también para que se mantuvieran alejados del escenario en el que él estaba sentado, escuchando. También ellos le escuchaban con interés cuando, inhibidos y desinhibidos por la oscuridad, por el secreto que esta les ofrecía, se atrevieron a atreverse. Una perturbación audible de desplazamientos y murmullos se iba propagando. La sala no era muy grande; enseguida tropezaron unos cuerpos con otros y retrocedieron alarmados. Eso oyó él, o eso dio por supuesto.

—¿Hay otra criatura aquí conmigo, en esta oscuridad? —surró, dando voz a sus recelos—. ¿Qué tiene ella? ¿Qué tengo yo? Cuatro extremidades que me llevan adelante y atrás. Una piel que percibe el frío y el calor. Lo rugoso y lo liso. Qué es. Qué soy. Qué somos.

Luego, además de gatear: tocar. No es que se permitiera, sino que se aconsejaba. Tal vez hasta se exigía.

A David le sorprendía lo mucho que podía identificar por el olfato, un sentido al que nunca hacía mucho caso; ahora descubría que lo bombardeaba con información. Como un sabueso o un explorador indio, detectó y eludió a los otros cinco chicos, empezando por William, en apariencia su más claro rival, pero que no era rival en absoluto. William desprendía un olor a desodorante masculino industrial, como un exceso de detergente. William era apuesto, rubio, del-

gado, elegante, sabía bailar, tenía una especie de memoria ancestral de las convenciones de la caballerosidad, como la de sujetarle el abrigo a una chica mientras se lo ponía, ofrecerle la mano para salir del coche, sostenerle la puerta abierta, lo que la inflexible y loca madre de William no podía haberle enseñado, ya que pasaba veinte horas seguidas fuera de casa con dos empleos a tiempo completo y cuando estaba en casa se encerraba en su habitación y se negaba a ayudar a sus hijos, William y sus dos hermanas, con las comidas o las tareas domésticas, y mucho menos en labores más exquisitas, como la de hacer los deberes; esa era la clase de cosas que uno aprendía de sus compañeros de catorce años, en unas pocas semanas, si era estudiante de Arte Dramático en CAPA. William le había robado el corazón a Julietta, la cristiana; a Pammie, la gorda; a Taniqua, la que sabía bailar, y a sus adláteres Chantal y Angie, que gritaban de placer cuando William alzaba en volandas a Taniqua, cuando la hacía girar como una peonza por la sala. Por su parte, William no mostraba más deseo que el de bailar el tango con Taniqua; su energía no tenía el calor del sexo, del mismo modo que su sudor carecía de aroma. David se mantuvo apartado de William, evitando hasta rozarle el talón. El siguiente era Norbert: el olor a grasa de sus espinitas. Colin: el olor a cuero cabelludo de su ridículo peinado afropayaso. Ellery, en quien el olor a grasa y a cuero cabelludo se combinaban de modo tolerable, casi atractivo. Por último, Manuel, según los formularios «hispano», de los que casi no había ningún otro en CAPA, a pesar del aparente gran número de ellos en la ciudad. Tal vez eso explicaba la presencia de Manuel, quizá era una especie de requisito para que la escuela obtuviera fondos. Tenso, callado, sin ningún talento visible, con un fuerte acento del que estaba claro que se avergonzaba. Sin amigos, incluso en este invernadero de ansiada intimidad ofrecida con entusiasmo. El

olor de Manuel, el sucio y polvoriento olor de su chaqueta de pana con forro de lana artificial.

David ya estaba en marcha, gateaba rápido, con agilidad, ignorando el sonido de los pies que se arrastraban, de los encontronazos y de las bocanadas de aliento. Un corrillo de susurros y productos perfumados para el pelo: Chantal, Taniqua y Angie. Al pasar, una de ellas le agarró el culo, pero él no se detuvo.

Casi enseguida Sarah se dio cuenta de que sus vaqueros la señalaban, como un mensaje en braille. Solo Chantal podría ser tan inconfundible. Todos los días, sin falta, Chantal llevaba una rebeca que llegaba hasta los muslos, de un color muy brillante, escarlata, fucsia o azul verdoso, bien ceñida a la cintura con un cinturón punk de doble lazo con tachuelas. Diferente rebeca, mismo cinturón, o quizá varios cinturones idénticos. En cuanto se apagaron las luces, alguien había ido corriendo hacia Sarah y la había manoseado hasta encontrar sus pechos, que luego estrujó con fuerza como si fuera a salir jugo. Norbert, estaba segura. Se había sentado cerca de ella, mirándola fijo, como solía, cuando las luces aún estaban encendidas. Sarah se había apoyado en las palmas de las manos para patear con ambos pies; lamentó llevar puestas sus bailarinas blancas sin tacón, que se estaban poniendo mugrientas y grises, y no esas puntiagudas botas de tres hebillas con tacones de metal que se había comprado hacía poco con lo que ganaba haciendo los turnos de mañana del sábado y domingo en la pastelería Esprit de Paris, lo que significaba que tenía que levantarse antes de las seis todos los días de la semana, aunque muchas veces no se acostara hasta las dos. El que le había cogido las tetas, quienquiera que fuese, se había hundido en silencio en la oscuridad, sin siquiera una repentina exhalación, y desde ese momento ella seguía apoyada en las palmas de las manos y en los talones, arrastrándose

como un cangrejo, con el culo bajo y las rodillas dobladas. Quizá hubiera sido Colin, o Manuel. Manuel, que nunca se quedaba mirándola, que no miraba a los ojos de nadie, cuya voz no estaba segura de haber oído aún. Acaso desbordaba violencia y lujuria.

—... todo tipo de formas en la oscuridad. Esta está fría, tiene los bordes duros, cuando pongo mis manos encima no responde. Esta es cálida, extraña, irregular: cuando pongo mis manos encima, se mueve...

La voz del señor Kingsley cruzaba las tinieblas con la intención de que ellos se abrieran, todo se hacía con la intención de que se abrieran, pero Sarah se había cerrado y le habían salido las espinas del puercoespín, había fracasado, la última vez que había recitado a Shakespeare había sido horrible, con todo el cuerpo rígido, llena de tics.

Más que nada, temía tropezar con Julietta o Pammie, las dos tan sinceras y desinhibidas, como niñas. Estarían encantadas acariciando cualquier cosa con la que sus manos hubieran topado.

Alguien la había encontrado. Una mano le cogió la rodilla izquierda, recorrió con la palma la parte delantera del muslo, las espirales en relieve de las costuras. Ella sentía el calor a través de los vaqueros. Así sin más, se le hizo un nudo en el estómago, una trampilla que se abrió en silencio, como si la voz del señor Kingsley hubiera sido un viento persistente que sacudiera sin éxito la cerradura que ahora esa mano había hecho saltar.

La mano se quedó en su muslo mientras la otra encontraba su derecha y la levantaba, la ponía de lleno sobre su cara apenas afeitada. Tomó su pulgar, flojo e indefenso, corrigió su posición y lo presionó como si quisiera que dejara una huella. Ella notó en la yema del dedo un pequeño bulto, como una picadura de mosquito. La marca de nacimiento de David, un lunar plano de color chocolate, del mismo

diámetro que la goma de borrar de un lápiz, en la mejilla izquierda, justo al lado de la boca.

En este punto de su aún escasa relación, no habían hablado del lunar de David. ¿Qué jóvenes de catorce años hablan de los lunares o siquiera los notan? Pero Sarah había reparado en él sin decir nada. David, sin decir nada, sabía que ella lo había notado. Esa era su marca, su braille. Su mano ya no yacía pasiva en la cara de él, sino que la sostenía, como si la apoyara en su cuello. Ella deslizó su pulgar por los labios de él, cuya forma era tan característica como su lunar. Eran labios carnosos, pero no femeninos, más bien simioscos. Un poco como los de Mick Jagger. Sus ojos, aunque pequeños, eran intensos y parecían ágatas azules. Había en ellos además una especie de inteligencia salvaje. No era lo que se dice guapo, pero no le hacía ninguna falta.

David acogió el pulgar de ella en la boca, lo tocó apenas con la lengua, no lo empapó de saliva, lo besó para que quedara en sus labios de nuevo. El pulgar recorrió la hendidura de sus labios, como si les tomara la medida.

Seguro que la voz del señor Kingsley seguía repartiendo instrucciones, pero ellos ya no la oían.

David nunca había postergado así un beso. Se sentía ensartado de lujuria, pero como si pudiera aguantarla, flotar en el dolor. Emergieron sus manos, las dos al mismo tiempo, y ciñeron los pechos de ella. Ella se estremeció y se apretó contra él, y él levantó las manos solo un poco, de modo que las palmas rozaran los pezones donde se destacaban entre la fina tela de la camiseta de algodón. Si llevaba sujetador era casi un hilillo, una cinta de seda que le rodeaba las costillas. Sus pezones inundaban el pensamiento de él en forma de duras y resplandecientes gemas, diamantes y cuarzos, como esos cristales facetados que se puede hacer que crezcan en un frasco con una cuerda. Sus pechos

eran ideales, pequeños, del tamaño exacto que abarcaba la mano de él. Los sopesaba y los medía, maravillado, frotándolos con la mano abierta o con la punta de los dedos, del mismo modo una y otra vez. Con su ya desaparecida novia de su anterior colegio, había desarrollado una Fórmula de la que luego se había convertido en esclavo: primero Besos con Lengua, un tiempo determinado, luego Tetas, un tiempo determinado, después Dedo, un tiempo determinado, para por fin Follar. Nunca se saltaba ningún paso ni cambiaba el orden. Una receta para el sexo. Ahora se sorprendía al darse cuenta de que no tenía por qué seguirla.

Estaban arrodillados, con las rodillas tocándose, con las manos de él envolviendo sus senos, con las de ella sosteniendo la cabeza de él a ambos lados de la cara, con la cara de ella apretada en el hombro de él de tal forma que un trozo de tela de su polo se empapaba del calor de su aliento. Él volvió su rostro hacia donde caía el pelo de ella, disfrutando de su aroma, exultante. Cómo la había encontrado. No había otra palabra para describirlo: se habían reconocido. Alguna sustancia química hacía que ella fuera para él, él para ella; todavía no estaban tan jodidos por la vida como para no darse cuenta.

—Dirigíos a la pared, haceos sitio y sentaos. Las manos relajadas, a los lados. Los ojos cerrados, por favor. Iré encendiendo las luces por etapas, para facilitar la transición.

Mucho antes de que el señor Kingsley terminara de hablar, Sarah se apartó y gateó como si huyera de un incendio hasta que chocó con una pared. Apretó las rodillas contra el pecho, sumergió la cara entre las rodillas.

David tenía la boca seca, y los calzoncillos lo estrangulaban. Sus manos, tan delicadas y exquisitas hacía un momento, eran ahora tan torpes como si llevaran guantes de boxeo. Una y otra vez se quitaba con ellas de la frente el flequillo corto y uniforme.

Según se iban encendiendo las luces, cada uno miraba fijo hacia delante, al vacío del centro de la sala.

Siguió el fundamental primer año de su aprendizaje. En las clases con mesas, se sentaban en mesas distintas. En las clases con sillas en fila, se sentaban en filas distintas. En los pasillos, en el comedor, en los bancos para fumar, se unían a distintos corrillos, a veces de espaldas a pocos centímetros de distancia. Pero en los momentos de tránsito, de movimiento colectivo, la mirada de David abría un agujero en el aire, la de Sarah se desviaba hacia él enseguida y luego se alejaba como un látigo. Sin saberlo ellos, eran tan visibles como un faro. En reposo, aunque ambos mantuvieran la mirada fija hacia delante, había un cable que los conectaba, y sus compañeros se desviaban para no tropezar con él.

Necesitaban distancia para empezar desde una nueva oscuridad. Al final del año, con una rodilla que no paraba de moverse, unos ojos que recorrían los rincones más remotos de la sala, sonándose los nudillos sin parar, David se detuvo junto a Sarah y le pidió su dirección, con voz pastosa. Su familia se iba a Inglaterra. Le enviaría una postal. Ella escribió la dirección con rapidez y se la entregó, y él se dio media vuelta.

Las postales empezaron a llegar una semana después. En el anverso, nada especial: el Puente de Londres, los impassibles guardias del Palacio de Buckingham, un pintoresco punk con una cresta de noventa centímetros. A diferencia de David, cuya familia viajaba con frecuencia a lugares como Australia, México, París, Sarah nunca había salido del país, pero incluso ella se daba cuenta de que las postales eran vulgares, sacadas al azar del estante giratorio de la tienda de recuerdos. El reverso era otra cosa, escrito de lleno, de un lado a otro, con su dirección y el sello apenas encajados entre renglones. Agradecía que el cartero no dejara de traerlas; seguro que les echaba un vistazo, como

ella, pero con otras emociones. Al menos una postal al día, a veces varias, que ella rescataba en cuanto llegaba el cartero, dejando las facturas y cupones para que los encontrara su madre al llegar a casa del trabajo. La caligrafía de David era efusiva, casi femenina, con largos bucles y amplias florituras y, sin embargo, muy regular, todas las letras con la misma inclinación, todas las tes y las eles de la misma altura. El contenido era muy semejante a la forma: exuberante a primera vista, pero calculado con destreza. Cada tarjeta contaba una pequeña anécdota. Y en la esquina inferior derecha, apretujado junto al código postal, algún que otro tímido apelativo cariñoso que a ella le arrancaba un suspiro.

La gran ciudad del sur en la que vivían era rica en terrenos, pero pobre en todo lo demás: sin masas de agua, sin drenajes, sin colinas, sin la menor variedad topográfica de ningún tipo, sin transporte público e incluso sin la percepción de que hiciera ninguna falta. La ciudad, como una vid sin espaldera, se desparramaba a trozos y sin ningún orden: su falta de organización era lo único constante. Elegantes barrios con mansiones de madera de roble y de gruesos ladrillos, como aquel en el que vivía David, se daban la mano con descampados de grava, con sedes de Correos que parecían bases militares, o con plantas embotelladoras de Coca-Cola que se parecían a las plantas de depuración de aguas residuales. Y laberínticos complejos de apartamentos baratos, centenares de bloques de ladrillo de dos pisos, esparcidos entre decenas de piscinas plagadas de algas, como el complejo en el que vivía Sarah, se extendían por el este hasta el ancho bulevar adornado con andrajosas palmeras que, en la otra acera, flanqueaba las puertas del club para judíos más prestigioso de la ciudad. Cuando la familia volvió de Londres, la madre de David se alegró de descubrir que estaba interesado en jugar al ráquetbol y nadar en el Centro Comunitario Judío, por el que, desde que se ma-

tricoló en CAPA, no había mostrado más que desdén.

–¿Todavía tienes raqueta? –le preguntó.

Sacó una raqueta del fondo de su armario. Incluso sacó una toalla. Ambas colgaban inertes de sus manos cuando llegó a la puerta de Sarah. La distancia real desde el club, a través del bulevar, había resultado mucho mayor de lo que sugería la aparente continuidad. La caminata –sin la ventaja de una acera o de pasos de peatones, ya que su ciudad no se había diseñado para ir a pie– desde el aparcamiento del Centro Comunitario hasta la entrada del sur al complejo de Sarah le había tomado casi veinte minutos, con un calor infernal, por una mediana sembrada de achicharrados rododendros pero sin ningún árbol, durante los cuales varios conductores habían parado a preguntarle si necesitaba ayuda. En su ciudad solo iban andando los más pobres entre los pobres, o las víctimas de delitos que acababan de cometerse. Una vez dentro de la inmensa y laberíntica urbanización de Sarah, David tembló: era enorme, una ciudad en sí misma, y sin señales. Sarah y su madre se habían mudado allí cuando aquella tenía doce años, su quinta mudanza en cuatro años, pero la primera en la que ya no estaba implicado el padre de Sarah. Para dejar de extraviarse en el laberinto de estacionamientos, Sarah y su madre tuvieron que marcar con tiza un aspa en la puerta de madera blanqueada que separaba su plaza de aparcamiento de su patio trasero. Julio en su ciudad: una temperatura media de 36 °C durante el día. De la única indicación que tenía David, el número de apartamento, en absoluto podía deducir que ella vivía al otro lado, al oeste, cerca de la entrada opuesta. Sarah le había dado instrucciones para llegar desde la entrada del oeste, que él había descartado, sabiendo que no iría por ese camino. Le había dado vergüenza explicarle que su plan implicaba que le llevaran hasta el club; le daba vergüenza no tener coche propio, aunque ninguno de los

dos lo tenía, pues a sus quince años no era posible obtener el carné hasta que pasara un año más. No se daba cuenta de que ella sufría tanto como él esa tremenda privación de no poder conducir en aquella ciudad de coches. Era parte del insoportable paréntesis de haber dejado de ser niños pero carecer aún de los privilegios de los que gozan los adultos. Las «calles» interiores del complejo no eran calles de verdad, sino una inagotable ramificación metastásica de senderos peatonales y accesos para coches, los primeros bordeados de agonizantes *impatiens*, los segundos, de plazas para aparcar. David tardó más de una hora en encontrar el apartamento de Sarah. Puede que caminara cuatro o cinco kilómetros. Había imaginado que la tomaría en sus brazos como aquel día en la oscuridad, pero ahora estaba quieto, de pie, pegado al umbral de su casa, con los ojos inyectados en sangre hirviendo por el sol. Creía que iba a vomitar o a desmayarse. Entonces le llegó el aire que compartía con ella desde la infancia: ese aire particular de su ciudad, el fresco olor a cerrado que se liberaba de su interminable viaje subterráneo por conductos de aire acondicionado a los que no llegaba el sol. No importaba si vivías en una gran mansión o en una casita de ladrillo, ese aire olía igual. Y David se dirigió hacia él a ciegas.

–Me hace falta una ducha –acertó a decir.

Para su escapada se había tenido que poner pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla, una camiseta y unas zapatillas de deporte blancas, de niño. El conjunto avergonzaba a Sarah. Le parecía extraño, poco atractivo, aunque ese reparo apenas asomaba bajo el duro peso del deseo que sentía. A su vez, al deseo lo eclipsaba otra emoción inusitada, una oleada de tristeza y ternura, como si el hombre que él iba a ser, lleno de insospechadas sombras y debilidades, se hubiera dejado ver por un instante a través del muchacho que pasó ante ella sin pedir permiso y se encerró en su